

Luchar por el monopolio de la violencia. Las rondas nocturnas de los residentes de “El Barrio” (Ciudad de Guatemala)

Paolo Grassi
Universidad de Padua (Italia)

Palabras claves

Etnografía, inseguridad, maras, Centroamérica, asentamientos.

Resumen

En Guatemala, desde 1996, la ineficiencia de la policía, la propagación de la corrupción y la impunidad generalizada abrieron nuevos espacios económicos en el mercado de la seguridad que fueron ocupados prontamente por actores armados legalmente reconocidos (como las empresas privadas de seguridad) e ilegales (principalmente el narcotráfico y las maras). Es evidente que el mercado de la seguridad no siempre responde a la ley de la oferta y demanda. El poder de los actores ilegales puede ser establecido a través de un intercambio asimétrico negociado por el miedo y las amenazas. Por eso la “oferta de seguridad” no suele ser rechazada por la comunidad. No obstante la proliferación de este fenómeno, en la literatura antropológica hay pocos estudios que analicen el papel que las mismas comunidades locales adquieren en el mercado de la seguridad, es decir, la forma en que estas responden a la violencia de manera proactiva.

En este sentido, quiero retomar algunos eventos relacionados con la historia reciente de un barrio marginal de la Ciudad de Guatemala (que llamaré simplemente “El Barrio”), donde realicé una investigación etnográfica desde 2008 hasta 2013. Frente a la violencia causada principalmente por un conflicto entre grupos de *mareros*, los residentes de El Barrio no aceptaron pasivamente la situación, sino que reaccionaron organizando rondas nocturnas. De esta manera, los residentes buscaron su espacio en el mercado de la seguridad. Mi artículo analizará la evolución histórica de las rondas y las consecuen-

cias paradójicas que éstas tienen en la intensificación de los niveles de violencia del barrio.

Introducción

El edificio de la asociación en la cual trabajo es un bloque de cemento de dos pisos. El techo tiene lámina. Hay rejas en las ventanas. Una puerta en la parte posterior se abre en un pasillo estrecho entre la pared del barranco y el mismo edificio. El lodo de la pared del barranco se ha derrumbado en algunos puntos. Grandes trozos de plástico están asegurados entre el edificio y el barranco para que el agua fluya durante la temporada de lluvia. Hablo con algunas personas de la comunidad. Un muchacho de veinte años, huérfano de padre, me explica que está buscando trabajo...

Un niño de nueve años me enseña dos agujeros de bala en un muro del edificio de la asociación. Me dice que su barrio es “*peligroso*”. Me pregunta dónde vivo, si mi barrio es peligroso como el suyo. En un planisferio colgado a una pared le indico dónde se encuentra Italia, mi país. Luego le pregunto dónde está Guatemala¹.

Entre 2008 y 2013 llevé a cabo una investigación etnográfica en un asentamiento de la Ciudad de Guatemala (que llamaré simplemente El Barrio) enfocada en el tema de las maras, las pandillas juveniles centroamericanas². Una guerra entre dos clicas rivales (una perteneciente a la Mara Salvatrucha y la otra al Barrio 18³) había llevado a una marcada división de El Barrio en los últimos años. Como destaca también mi joven interlocutor, los residentes tenían miedo y el miedo paralizaba, en parte, su libertad de acción. La seguridad del barrio representaba un tema recurrente en sus narraciones, un asunto que movilizaba recursos simbólicos y sociales.

Se suele argumentar que, con la firma de los acuerdos de paz (1996) y el desmantelamiento progresivo del aparato militar, el Estado guatemalteco ha perdido el monopolio estatal sobre la gestión de la violencia⁴. La ineficiencia de la policía, la propagación de la corrupción y la impunidad generalizada habrían abierto en el país nuevos espacios en el mercado de la seguridad⁵ que fueron ocupados prontamente por actores armados no estatales formales y semi-formales (como las empresas privadas de seguridad), o

1 Nota de campo, enero de 2011

2 El trabajo de campo, financiado por la Universidad de Verona (Italia), se basó en la práctica de la observación participante y el uso de entrevistas semi-estructuradas. Las entrevistas fueron realizadas en tres zonas de la ciudad (un asentamiento, una cárcel y un barrio cerrado), una etnografía multilocal en diferentes campos urbanos (George E. Marcus, “Ethnography in/of the World System: The Emergence of Multi-Sited Ethnography”, *Annual Review of Anthropology*, Vol. 24, 1995, pp. 95-117). Sin embargo, este artículo se enfocará solamente en la primera zona, el asentamiento. Ver Paolo Grassi, *Il limbo urbano. Conflitti territoriali, violenza e gang a Città del Guatemala*, Verona: Ombre Corte 2015.

3 Es evidente que en el triángulo norte de Centroamérica el fenómeno de las maras se ha extendido asumiendo características diferentes dependiendo del contexto, alcanzando proporciones alarmantes. Sin embargo, los datos cuantitativos siguen siendo nebulosos. Esta indefinición fomenta el miedo, dando lugar a escenarios apocalípticos y desencadenando ansias de seguridad, no solamente entre las élites locales. Robert Brenne-man, en una ponencia presentada en el Congreso de la Asociación de Estudios Latinoamericanos de 2015 en Puerto Rico, trató de clarificar el asunto. Según datos de la Oficina de la ONU contra la Droga y el Delito en Honduras sólo 12.000 jóvenes pertenecen a las maras (de un total de 8 millones de personas), en Guatemala 22.000 (de un total de 15 millones de personas), 20.000 en Salvador (de un total 6 millones). United Nations Office on Drugs and Crime, *Transnational Organized Crime in Central America and the Caribbean. A Threat Assessment*, UNODC, 2012.

4 Para una definición compleja de violencia, ver la definición de continuum de la violencia elaborada por Nancy Scheper-Hughes y Philippe Bourgois (Nancy Scheper-Hughes y Philippe Bourgois, (Ed.), *Violence in War and Peace: an Anthology*, Oxford: Blackwell, 2004).

5 Con mercado de la seguridad entiendo básicamente la competición entre actores sociales para proporcionar protección y justicia.

completamente ilegales (como el narcotráfico y las maras). El Barrio también experimentó un proceso análogo:

En el 1996 – me explica Ana (nombre ficticio), una señora de cincuenta años nacida en El Barrio –, con la firma de la paz yo recuerdo que dejaron los patrullajes [del ejército] y ya no habían patrullajes, entonces empiezan a ingresar personas como para formar maras que no supimos de dónde ni cómo empezaron a venir...⁶.

La apertura del mercado de la seguridad vería competir actores legítimos e ilegítimos para proporcionar protección y justicia. El silencio y la complicidad representan los dos principales productos de intercambio pedidos por los actores ilegales⁷.

Sin embargo, varios autores señalan que el mercado de la seguridad no siempre corresponde a la simple ley de la oferta y demanda. Otros factores contextuales o coercitivos pueden afectarlo⁸. El poder de los narcotraficantes o de los miembros de las maras se establece a través de formas de intercambio asimétricas, condicionadas por el miedo y las amenazas y no basadas en vínculos sociales. Los actores ilegítimos imponen las normas del mercado de la seguridad, posicionándose al mismo tiempo encima de ellas y rompiéndolas de vez en cuando. En estos casos, las comunidades locales no pueden rechazar la oferta⁹.

En este contexto, lo que ha sido poco analizado es el papel que los residentes de los barrios marginales pueden adquirir en

el mercado de la seguridad. De hecho, los habitantes de El Barrio no fueron espectadores pasivos de una lucha entre el Estado y otros actores armados por la conquista del monopolio de la violencia, sino protagonistas dinámicos. Ellos adoptaron estrategias proactivas y localmente situadas que respondían a la situación de violencia que estaban viviendo y que los colocaba en medio de un campo de fuerzas contrapuestas para la gestión de una porción de espacio urbano. Demostraré este punto retomando algunos eventos relacionados a la historia reciente de El Barrio. De hecho, al enfrentar la violencia causada principalmente por un conflicto entre grupos de mareros, los residentes de El Barrio no aceptaron la situación. Al contrario, organizaron rondas nocturnas, con las que encontraron un espacio propio en el mercado de la seguridad. Analizaré la evolución histórica de las rondas y las consecuencias paradójicas que éstas tuvieron en la intensificación de los niveles de violencia del asentamiento.

El Barrio

Durante mi investigación hablé con residentes del barrio y “actores externos”, entre ellos: operadores de organizaciones no gubernamentales, empleados públicos, periodistas, antropólogos y otros investigadores sociales. Traté de abordar el tema de la investigación progresivamente, a través de círculos concéntricos de relaciones, a partir de las organizaciones con las cuales decidí colaborar. Tuve contactos con ex pandilleros que trabajaban en proyectos de “reinserción social”, adolescentes que se habían acercado a las maras

6 Entrevista del 13 de marzo de 2011. No es éste el lugar para discutir si estas maras llegaron efectivamente de fuera del asentamiento. Lo que quiero subrayar es el surgimiento del mercado de la seguridad y la entrada de actores armados no estatales.

7 Georg Elwert, *Market of Violence*, en Georg Elwert, Stephan Feuchtwang y Dieter Neuberts (Ed.), *Dynamics of Violence: Processes of Escalation and De-escalation in Violent Group Conflicts*, Berlin: Duncker and Humblot, 1999.

8 Monique Sonneveld, “Security at Stake: Dealing with Violence and Public (In)security in a Popular Neighbourhood in Guadalajara, Mexico”, en Dennis Rodgers y Jones A. Gareth (edited by), *Youth Violence in Latin America: Gangs and Juvenile Justice in Perspective*, Palgrave Macmillan, New York, 2009, pp. 45-63.

9 Dennis Rodgers, “Living in the Shadow of Death: Gangs, Violence and Social Order in Urban Nicaragua, 1996-2002”, *Journal of Latin American Studies*, Vol. 38, 2006, pp. 267-292; Sudhir Venkatesh, *Gang Leader for a Day: a Rogue Sociologist Takes to the Streets*, New York, Penguin Press 2008.

de su barrio, pandilleros encarcelados y, en algunos casos, miembros activos de pandillas que operaban en la capital. La elección de los interlocutores se basó entonces en la construcción de redes sociales vinculadas a sujetos específicos¹⁰.

El Barrio es un pequeño asentamiento precario, un cuadrado de terreno compuesto por unos cientos de hogares que nació en los años cincuenta a través de la ocupación ilegal de tierras de propiedad del Estado guatemalteco. Desde la fundación hasta la actualidad, la comunidad luchó para mejorar las condiciones de su *colonia*. Los residentes organizaron marchas frente al Palacio Nacional, y reunieron a la prensa, hasta que llamaron la atención del entonces presidente, el General Ydígoras Fuentes, quien personalmente visitó la comunidad¹¹. Aprovechando una y otra vez los espacios políticos otorgados, los residentes obtuvieron, con el pasar de las décadas, el acceso a los servicios básicos, tales como la electricidad y los drenajes. Ellos dilataron, resistiendo, las mallas estrechas de su agencia, logrando participación en los procesos políticos urbanos.

El 4 de febrero de 1976, el terremoto más destructivo en la historia reciente del país (23.000 muertes y más de un millón de personas sin hogar) golpeó El Barrio¹². Los daños registrados en la colonia fueron limitados, pero algunas familias tuvieron que empezar de nuevo su lucha:

Sí –me cuenta un hombre residente en El Barrio por más de treinta años– el terremoto fue en el 76. Yo tenía poco tiempo de vivir aquí en la colonia. Vivía aquí abajito todavía con mi

mamá. Recuerdo de que incluso nosotros no teníamos muchas camas para poder dormir, no éramos ni tan pequeños ni tan grades, entonces compartíamos las camas con mis hermanos. Ese día... esa noche... fue como a las 3:30, sí, como a las 3:15. Yo recuerdo que compartía la cama con un mi hermano y siempre nos quedábamos los dos... Teníamos una televisión grandota que usaba patas y del movimiento que fue tan tremendo cayó... la casa. ¡Con el tiempo que teníamos de vivir aquí! Mi mamá hizo el esfuerzo de levantarla ya de pared y toda la cuestión. En ese entonces no era de aquellos que construyeran las casas antisísmicas o hicieran las casas seguras¹³.

El proceso de formalización del barrio prosiguió paralelamente al conflicto armado interno (1960-1996). Treinta y seis años de guerra, por lo menos 200.000 muertes en todo el país. El aparato contrainsurgente del Estado comenzó a desarrollarse a partir de los años sesenta y alcanzó su vértice en los años ochenta, durante los gobiernos de Romeo Lucas García y Efraín Ríos Montt¹⁴. El conflicto afectó El Barrio de forma indirecta y directa:

Sí, hubo guerra aquí – me cuenta una señora residente al margen de El Barrio – porque si vas a visitar nuestra comunidad, hay gente del Quiché. Gente de todas estas áreas estaban huyendo de esta guerra. Luego vinieron a refugiarse aquí y a contar sus historias. Los dejaron sin tierra¹⁵.

En algunas ocasiones los asentamientos de la ciudad se convirtieron en los objetivos principales de campañas de limpieza social, o sea de la persecución selectiva y arbitraria,

10 John Barnes, *Social Networks*, Addison-Wesley, Reading 1972, Clyde J. Mitchell, "Social Networks", en *Annual Review of Anthropology*, III, 1974, pp. 279-299.

11 Jorge Lujan Muñoz, *Breve historia contemporánea de Guatemala*, México: Fondo de Cultura Económica 1998.

12 Orlando Olcese, Ramón Moreno y Francisco Ibarra, *The Guatemala Earthquake Disaster of 1976: a Review of its Effects and of the Contribution of the United Nations Family*, UNDP, Guatemala 1977.

13 Entrevista del 20 de marzo 2011.

14 Cfr. CEH (Comisión para el esclarecimiento histórico), *Guatemala. Memoria del silencio*, F&G editores, Guatemala 1999.

15 Entrevista del 6 de septiembre 2011.

orientada al exterminio de personas consideradas peligrosas e indeseables¹⁶.

Con el pasar de los años, El Barrio atrajo la atención de instituciones extranjeras y agencias internacionales. Los años noventa marcaron en este sentido un cambio decisivo. En ese entonces se implementó un proyecto para crear una red doméstica de distribución de agua. La Municipalidad ofreció su apoyo mediante el suministro de material y comida a cambio de trabajo voluntario. Comenzaron la pavimentación del barrio y la creación de un pequeño parque con juegos para niños. Además, en noviembre de 1990, con la aprobación de un decreto, el gobierno de Vinicio Cerezo (1986-1990) concedió la entrega de los títulos de propiedad, después de un pago simbólico de un impuesto al valor de un quetzal. Este evento marcó el reconocimiento definitivo de la comunidad y su entrada oficial en el espacio territorial de la Ciudad de Guatemala.

Como destaca este inciso histórico, un lento proceso de formalización siguió entonces a la fundación del barrio, décadas de lucha y mediaciones políticas que tuvieron, sin embargo, un resultado imprevisto: durante mi investigación, El Barrio era parte de una

de las colonias consideradas por las estadísticas oficiales entre las más peligrosas de la capital¹⁷. Dos maras rivales se estaban disputando aquel territorio¹⁸.

El Barrio fue marcado por los medios de comunicación y las instituciones locales como una “zona roja”, prohibida, peligrosa. En las zonas rojas no se podía entrar. No entraban los taxis, no entraban muchas de las empresas que ofrecen servicios domiciliarios. No entraban, a veces, los carteros, como se explica por ejemplo en un artículo del 11 de marzo de 2011, publicado en la Prensa Libre, el periódico nacional más importante del país¹⁹.

La ausencia de las instituciones favorecía el aumento de los niveles de violencia. A su vez, la violencia favorecía el desarrollo de una retórica estigmatizante, utilizada al mismo tiempo para justificar la ausencia de las instituciones²⁰. Este círculo vicioso afectaba a la cotidianidad de El Barrio así como de las demás áreas marginales y marginalizadas de la ciudad²¹.

16 Víctor Gálvez Borrell, “Plan Gavilán y Plan Pavo Real. ¿Punta del iceberg de la limpieza social en Guatemala?”, en *La Revista*, Guatemala, 27/08/2010.

17 GAM (Grupo Apoyo Mutuo), *Resumen ejecutivo del informe sobre situación de derechos humanos en Guatemala y hechos de violencia al mes de diciembre de 2010*, Guatemala: GAM 2011.

18 En Guatemala, 1985 es el año de la “emergencia de las maras”. Crisis económica, deuda externa y guerra civil produjeron bajos salarios, desempleo y analfabetismo. En este contexto, la violencia tomó nuevas formas. Las maras callejeras encontraron apoyo para su crecimiento en estos factores conjuntos. Además, desde 1996, año de los acuerdos de paz, los Estados Unidos comenzaron a deportar a jóvenes encarcelados que habían cumplido su pena, incluidos ex pandilleros de la Mara Salvatrucha y del Barrio 18. Las deportaciones constituyen una de las principales causas del aumento exponencial del número de las maras en Centroamérica desde la segunda mitad de los años noventa. Ver ERIC, IDESO, IDIES, IUDOP, *Maras y pandillas en Centroamérica*, Vol. 1, UCA, Managua 2001.

19 Julio F. Lara, “Las zonas a donde pocos quieren ir”, *Prensa Libre*, Guatemala 6 de marzo de 2011.

20 Loïc Wacquant, “Suitable Enemies: Foreigners and Immigrants in the Prisons of Europe”, en *Punishment & Society*, Vol. 1, 1999, pp. 215-222.

21 La capital guatemalteca se caracteriza por una parcial segregación urbana y altos niveles de violencia. Generalmente estos niveles de violencia se calculan a través del número de asesinados. Aunque es cierto que las tasas de homicidio pueden ser engañosas a nivel interpretativo –la violencia es una dimensión muy compleja para ser medida con un único indicador estadístico–, América Central tiene uno de los promedios más altos. En un informe elaborado por la revista *InSight Crime*, en 2015 la tasa de homicidios por cada 100.000 habitantes en Salvador fue de 103 (el primer lugar en América Latina), en Honduras 57 (tercer lugar), en Guatemala 30 (quinto puesto). David Gagne, “InSight Crime-s 2015 Latin America Homicide Round-up”, *InSight Crime*, 14 de enero de 2016.

Maras, comunidad y seguridad

Después de 1996, la estructuración de las maras y el aumento de los niveles de violencia asociados a ellas, combinado con el crecimiento de la economía negra relacionada con la venta de drogas, habían hecho que El Barrio se volviera un lugar más peligroso que en el pasado reciente, estigmatizado por los medios de comunicación como una “zona roja”. Las rondas nocturnas de los residentes constituyeron una respuesta a este proceso.

La relación entre maras y comunidad seguía, sin embargo, un esquema complejo. El estudio de las percepciones que las comunidades desarrollan en respuesta a las pandillas presentes en su territorio ha sido objeto de varias investigaciones.²² En los últimos quince años, las bandas juveniles centroamericanas han sufrido cambios sustanciales, es decir, han sobrepasado la dimensión local, articulándose como organizaciones más estructuradas. Esta tendencia es descrita con precisión por Dennis Rodgers en un artículo de 2009 titulado “Slum Wars of the 21st Century”.²³ En ese texto, el autor, a partir de la etnografía de un barrio marginal de la ciudad de Managua, subraya cómo las pandillas a nivel centroamericano son actualmente menos visibles, más móviles y más depredadoras que en el pasado. Las pandillas juveniles centroamericanas han enfrentado un proceso de profesionalización, favorecido por su acercamiento a la delincuencia organizada y su participación más directa en la economía de la droga. El caso de las pandillas salvadoreñas es emblemático, donde la Mara Salvatrucha y la Barrio 18 se estructuraron hasta el punto de poder establecer negociaciones directas con las autoridades nacionales.²⁴ Hoy las pandillas actúan imponiendo regímenes localizados de terror,

basados en el miedo, la amenaza y la estructuración de un estado de excepción.

La función de protección garantizada por las bandas a su territorio se ha en parte eclipsado. En consecuencia, de acuerdo con Rodgers, las instancias de resistencia y de reivindicación que se catalizaban alrededor de esta defensa se esfumaron: “lo que la derrota de las pandillas como vanguardia de los pobres urbanos en la Centroamérica de posguerra significa no es sólo la derrota de los pobres, sino también el fin de los sueños revolucionarios históricamente asociados con la región y la consolidación práctica de la llamada era del neoliberalismo”²⁵.

Sin duda, el mismo proceso ocurrió dentro de El Barrio. Las dos maras locales vivieron una fase de profesionalización y de separación progresiva del asentamiento y de su comunidad en los últimos años. Los mismos pandilleros eran conscientes de esto, no sólo dentro del asentamiento. Fernando (nombre ficticio), marero activo en otra zona de la ciudad, me lo describió claramente, casi con nostalgia:

Tú tienes mucho tiempo de estar...

¿En el barrio [la pandilla 18]?

Sí

Como 14 años.

Creo que viste muchos cambios en estos años. Hace 14 años pienso que las cosas eran diferentes.

Lo que pasa es que no había mucho conflicto con la policía. No había grupos que se arman como ahora para delinquir a los homies [mareros]. O sea que la misma comunidad se rebeló también.

¿Por qué pasó eso?

Lo que pasó es que como los homies... el que va creciendo quiere tener el poder, no respetan

22 Ronald C. Huff, “Youth Gangs and Public Policy”, in *Crime and delinquency*, XXXV, pp. 524-537.

23 Dennis Rodgers, “Slum Wars of the 21st Century: Gangs, Mano Dura, and the New Urban Geography of Conflict in Central America”, en *Development and Change*, XL, 5, 2009, pp. 949-976.

24 Carlos Martínez y José Luis Sanz, “La nueva verdad sobre la Tregua entre pandillas”, *El Faro*, martes, 11 de septiembre de 2012; Óscar Martínez, *Una historia de violencia. Vivir y morir en Centroamérica*, Penguin Random House, México 2016.

25 *Ibidem*, p. 971-972.

tu antigüedad. Entonces... murieron varios homies ya viejos que sabían cómo era el pedo [problema] en realidad. Los patojos que fueron creciendo mataron a los más viejos. Entonces estos patojos entraron a otra mentalidad, más... más sucia. Entonces ya sí van a cobrar, ya...

¿En su mismo barrio?

Sí. Ya cobraron más. Hubo más dinero que el carnalismo [fraternidad]. En cambio antes había más carnalismo que dinero. Entonces ahora lo que se mira más es el dinero por tu vida, ya no se mira carnalismo entre pandillas. Entonces como la población vio que los homies comenzaron a cobrar muy fuertes cantidades de dinero, ya amenazando a familias, entonces gente que ha sido también chinche [pesada], tal vez por "X" razón ha estado tranquila, se han rebelado contra los homies...

O sea antes la pandilla cuidaba a su barrio, ahora se perdió esta...

Ahora se perdió... se perdió la comunidad, pues, porque ya no... antes se relacionaban con la gente. Más gente te decía: "Mira anda fulano que no es de aquí va".

¿Ahora esto menos?

Ahora es menos porque la misma gente te pone el dedo, vos. [Dicen] 'Va por allá' y 'Mira dónde está el fulano...' y ya te van a matar²⁶.

Sin embargo, la relación entre pandillas y residentes de El Barrio no se había desvanecido totalmente. En primer lugar, los residentes demostraban a veces una actitud empática hacia los pandilleros. La reconstrucción de la historia de un joven marero, líder de una clica de la Mara Salvatrucha ubicada en la parte arriba de El Barrio y muerto asesinado al principio de 2011 fue emblemática. Algunos de mis interlocutores lo describieron como un muchacho "difícil", tratando de entender sus acciones y sus elecciones:

Fijese que – sostiene un residente del asentamiento, amigo del joven líder pandillero – él

era un muchacho que, a pesar de su maldad.. él era malo, pues, y asaltaba a las personas y hacía daño... y le daban orden unos de los superiores de ir a balear a alguien y él lo hacía... pero con nosotros era muy respetuoso.

También con la asociación...

Verdad que sí. Sí, y él era un patojo que yo lo vi y yo le hablé y le aconsejé, pero en ese su rollo que les dan y se sienten muy poderosos de pertenecer a esas organizaciones. Se los arrastran, pues.²⁷

Por otra parte, el vínculo simbólico entre maras y barrio seguía siendo un elemento fundamental de la interacción y la integración de los pandilleros. Su barrio y su grupo definían los límites de un teatro de acción. Más allá empezaba un mundo enemigo, objeto potencial de conquista²⁸. Entonces, la relación ambigua entre residentes y maras no era una simple condición residual destinada a desaparecer con el proceso de profesionalización de éstas. Como trataré de demostrar, la misma ambigüedad afectaba el campo de la gestión del mercado de la seguridad.

De hecho, las maras de El Barrio habían creado un nuevo sistema de gestión de la violencia, dentro de una compleja relación con los residentes y otros actores armados estatales y no estatales. Ellas controlaban porciones diferentes de El Barrio, buscando la manera de conquistar territorio enemigo a través de enfrentamientos que afectaban a la cotidianidad de los demás residentes. Sin embargo, no todos los residentes quisieron conformarse a este sistema. Así me cuenta Ana, una señora de cincuenta años nacida en El Barrio:

El comité de la colonia todavía quiso parar y frenar esa situación y organizó unas juntas de vecinos para rondas... [Fue] cuando ya no vimos para nada ni a la policía ni al ejército.²⁹

26 Entrevista del 8 de agosto 2011.

27 Entrevista del 25 de abril 2011.

28 Frederick Thrasher, *The Gang: a Study of 1,313 Gangs in Chicago*, Chicago: University of Chicago Press, 1927.

29 Entrevista del 13 de marzo de 2011.

Fueron organizadas unas rondas nocturnas, que consistían en un número variable de personas:

Entonces... – me explica algunos días después un hombre residente en El Barrio desde hace 30 años – se empezaron a formar rondas para evitar eso, porque nosotros estábamos viendo que el desarrollo de la *colonia* era bastante eficaz y nosotros queríamos que la *colonia* empezara a formar parte de una *colonia* sólida, estable y libre de peligro... Las rondas se daban con el hecho de velar por la seguridad de los vecinos, pero también hubo un momento que estuvo muy silencioso y no hubo necesidad de formar las rondas por el motivo de que los muchachos [mareros] comprendieron que no los queríamos aquí.³⁰

Los patrullajes fueron realizados por hombres y mujeres, coordinados en equipos:

¿Las mujeres salieron también? – pregunto a una señora.

También salimos a patrullar, tomamos nuestro palo y nos apuntaban: “Tal día les toca a ustedes”, así. Nada que se quedaran, sino que salieramos a patrullar...

¿Y después se acabó esto de las rondas?

Se acabó y se tranquilizó bastante...

¿Y tenían armas también?

No, los muchachos sí, las mujeres no, sólo palos.

Los muchachos.

Sí, otros se preocupaban. Las que no salían a patrullar: “Yo voy a dar la refacción de la noche”, decían. Nos sacaban café, champurradas. A las 3:00 de la mañana entrábamos, ya amaneciendo.

¿Y a que hora empezaban?

A las 8:00 de la noche.³¹

Si alguien no quería o no podía apoyar, tenía la obligación de pagar una cuota. Promesas relacionadas con el acceso a servicios básicos y a la obtención de los títulos de

propiedad representaban ulteriores incentivos. Así sigue Ana:

Entonces los vecinos se organizaron y hacían rondas pero sólo de noche. Todas las noches se hacían rondas. Entonces estaban allí, con la motivación de que las personas que contribuyeran con la ronda y con los trabajos que le he contado eran apuntadas para recibir primero sus escrituras³².

Prácticamente, los habitantes del barrio se auto-organizaron, reclamando un papel activo en la gestión de la violencia. Sin embargo, lo hicieron utilizando una lógica simétrica, respondiendo ambiguamente a la violencia de su entorno social con otra violencia. La participación de los vecinos en el mercado de la seguridad tuvo una consecuencia no deseada. La situación se fue de las manos.

Las rondas nocturnas, a pesar de que habían demostrado su efectividad al principio, posteriormente tuvieron el efecto paradójico de aumentar los niveles de brutalidad, polarizando los enfrentamientos entre grupos de jóvenes. Las personas que participaron en las rondas fueron, de hecho, armadas y entrenadas. Grupos de jóvenes miembros de las rondas y supuestos pandilleros se retaron en varias ocasiones. Julio (nombre ficticio), uno de mis principales interlocutores, me clarificó este punto:

Hay un dicho que dice: se toparon la piedra y el coyol, ¿usted conoce los coyoles?

No.

Es una fruta así, mire, que se parece a los cocos, sólo que más chiquitita. Es igual a un coco y la hacen en miel. Entonces esa mielecita usted se la chupa y tiene como pelo. Es bien denso y al final le tiene que quitar todo lo dulce y eso lo agarra usted y lo pone y lo pega y adentro tiene como lo de un coco, sólo que más compacto. Es como una esferita, pero para llegar a esa esferita lo tiene que partir. A veces

30 Entrevista del 20 de marzo de 2011.

31 Entrevista del 30 de mayo de 2011.

32 Entrevista del 13 de marzo de 2011.

le da con el martillo diez veces y no se parte. Entonces usted viene y cuando no hay martillo usted agarra una piedra y empieza a golpearla, ¿Quién sale primero? O se parte la piedra o se parte el coyol. Entonces la gente cuando hay dos personas idénticas dicen: se toparon la piedra y el coyol. Son duros los dos. Entonces, de eso se trata aquí, de demostrar a aquellos de que aquí no van hacer lo que se les da la gana.

Para muchos de mis interlocutores las rondas se convirtieron entonces en algo muy similar a las pandillas contra las cuales estaban luchando. Lo que tenía que ser un órgano de vigilancia formal se volvió en una institución ilegal, otro actor armado que se añadió a las maras locales y al Estado. En realidad, las rondas nunca fueron registradas oficialmente por la Municipalidad y, por lo tanto, ni siquiera se beneficiaron de la cooperación de la policía. Sigue Julio:

¿Y ahí no había respaldo oficial?

Al contrario: venían a registrar a los que hacían las rondas y, si a usted le encontraban un arma, se lo llevaban preso.³³

Las rondas se convirtieron en un “gimnasio” de violencia para algunos jóvenes de El Barrio. Julio me lo explicó muy claramente:

Entonces la gente se organiza. Por un lado, está bien. Pero el problema es, como le dicen, los efectos. ¿Cómo le llaman a esto? ¿Efecto qué...?

Efecto...

Colateral.

Sí.

Efectos colaterales que esto va causar, porque aquí se armaron los patojos, la gente mayor, por ejemplo, yo. Paolo, yo sé que puedo ir a rondar, pero yo no voy a salir con una piedra, sabiendo que el tipo tiene una escopeta y me

va hacer pedazos. No, yo voy a salir con algo que me defienda mejor. ¿Cómo voy a salir con un machete? Primero el machete lo tengo que saber usar yo para no darme yo mismo. Y si lo voy a usar, lo voy a usar a una distancia a la que yo sepa usarlo... Estas rondas daban armas a los patojos...³⁴.

Lo que dijo este interlocutor fue confirmado por otros entrevistados³⁵:

¿La ronda se convirtió en una pandilla?

Como si fuera una mara, se fue de las manos de las personas adultas. Ya no era de personas adultas. Me recuerdo, yo me recuerdo cuando mataron al primer joven. Los hermanos de este joven resultaron con armas y, cuando nosotros sentíamos, jalaban a unos y a otros y salían ellos... eso no eran rondas, eso ya no eran rondas.³⁶

Descubrí entonces cómo en El Barrio el mercado de la seguridad también se vio afectado por factores contextuales y coercitivos que iban más allá de la ley de la oferta y demanda y cómo las víctimas de los actores armados ilegales, o sea los mismos residentes del asentamiento, tomaron un papel activo en relación a estas reglas, aunque no estaban totalmente preparados para enfrentar las consecuencias de su acción.

El papel del Estado

¿Y el Estado? En el marco de estas dinámicas, el papel de los actores estatales resultó ser más indeterminado de lo que había supuesto inicialmente. El aparato del Estado no fue simplemente sustituido por otros actores armados, sino que participó con ellos en la creación de lo que el antropólogo cultural Ben Penglase, en un ensayo de 2009, como un “desorden ordenado” o un estado de (in)seguridad.³⁷

33 Entrevista del 1 de junio de 2011.

34 Entrevista del 1 junio de 2011.

35 Entrevistas del 25 de abril; 13, 15, 20 de marzo; 30 de mayo de 2011.

36 Entrevista del 13 marzo de 2011.

37 Ben Penglase, “States of Insecurity: Everyday Emergencies, Public Secrets, and Drug Trafficker Power in a Brazilian Favela”, *PoLAR: Political and Legal Anthropology Review*, Vol. 32, 1, 2009, pp. 47-63.

En este sentido, algunos autores destacan cómo en varios países latinoamericanos el Estado no habría perdido totalmente el monopolio de la violencia, sino que habría elegido retirarse de territorios que no le sirven. El Estado habría abandonado así a poblaciones enteras que no encuentran espacios económicos y sociales, simplemente deshaciéndose de su responsabilidad sobre ellas.³⁸ Esta hipótesis explicaría las interacciones ambiguas que destaqué entre los agentes del Estado y otros actores armados en El Barrio. Por ejemplo, los puntos de venta de droga eran conocidos y tolerados por las autoridades; la represión de los mareros consistía en operaciones militares esporádicas y circunstanciales. El Estado había delegado a un régimen múltiple e híbrido la gestión de la violencia porque no tenía interés en controlarla.³⁹ El aparato del Estado intervenía entonces con los demás actores en la producción de un estado de excepción.⁴⁰

Las maras de El Barrio, por su parte, no eran estructuras paralelas al poder formal, sin relación alguna con éste. La historiadora Deborah Levenson analiza cómo en los años ochenta las primeras maras de la ciudad vieron converger las tradiciones de las luchas de los estudiantes, los trabajadores y las pandillas ya existentes desde los años cincuenta en un contexto en el cual las organizaciones políticas estaban pasando por un período de crisis y de desarticulación.⁴¹ Las maras de El Barrio también representaban actores contextualmente e históricamente situados que mantenían relaciones con sujetos estatales y no estatales pertenecientes a su

entorno social. Sólo a través de estos intercambios y estas relaciones, las maras podían imponer o suspender sus reglas.⁴²

En este sentido, hablar de abandono institucional tampoco es completamente correcto. La violencia estaba más bien vinculada a la presencia y a la ausencia *selectiva* del Estado y a la represión practicada contra las clases más pobres, como he tratado de mostrar a través de la reconstrucción del proceso de formalización de El Barrio.

El Barrio se reveló como un espacio urbano tolerado e ignorado al mismo tiempo. Por un lado, las autoridades estatales dejaron que los residentes ocuparan un terreno público y los acompañaron en el proceso de formalización. Por otro lado, no garantizaron el acceso los servicios básicos y la gestión de la violencia. El Barrio no aparecía en los documentos de planificación urbana y en las estadísticas oficiales de la ciudad, pero representaba un objetivo relevante de las campañas electorales y de las intervenciones que respondían a lógicas clientelistas.⁴³ La última metamorfosis de esta relación ambigua estaba constituida por la representación del barrio como territorio peligroso, una “zona roja”. Sigue Ben Penglase en el ensayo citado:

La inseguridad y la violencia no son siempre el resultado del fracaso de las redes sociales o de traficantes que persiguen sus propios intereses hasta el punto de violar sus propias normas. A veces, los traficantes y los agentes del Estado co-participan en la construcción de la auto-

38 Enrique Desmond Arias y Daniel M. Goldstein (curado por), *Violent Democracies in Latin America*, Durham: Duke University Press 2010.

39 Ver Kees Koonings y Dirk Kruijt (eds.), *Societies of Fear: The Legacy of Civil War, Violence and Terror in Latin America*, London: Zed Books 1999.

40 Giorgio Agamben, *Homo sacer. Il potere sovrano e la nuda vita*, Torino: Einaudi 1995.

41 Deborah Levenson, *Por sí mismo. Un estudio preliminar de las “maras” en la ciudad de Guatemala*, Guatemala: AVANCSO, 1988.

42 Elizabeth Leeds, “Cocaine and Parallel Polities”, *Latin American Research Review*, Vol. 31, 3, 1996, pp. 47-83.

43 Por ejemplo, un programa del gobierno llamado Bolsa Solidaria, patrocinado por Sandra Torres, esposa del entonces presidente Álvaro Colom Caballeros, distribuía alimentos mensualmente. Sin embargo, la distribución resultó discontinua. A lo largo de 2011 se entregaron alimentos de vez en cuando, con picos durante el período electoral.

ridad política a través del uso del desorden, del secreto y de la ambigüedad.⁴⁴

En El Barrio, maras y actores estatales colaboraron en la creación de un “desorden ordenado”, una condición en la cual la seguridad y la inseguridad coexistían ambiguamente. Sin embargo, los residentes también fueron parte activa de este proceso. El Estado y las maras dependían el uno de las otras. Los residentes de El Barrio, por su lado, con la organización de las rondas quisieron entrar en el mercado de la seguridad como actores activos, contribuyendo paradójicamente a estructurar aquel desorden ordenado, aquella condición de (in)seguridad. Las rondas nocturnas del barrio produjeron un “efecto secundario” (según las palabras de Julio) al fomentar la violencia en lugar de resolverla.

Conclusión

M. y yo bajamos a El Barrio después de un día de capacitación en la sede central de la asociación que estoy apoyando. M. es una joven guatemalteca, tendrá unos veinticinco años. Trabaja en la asociación desde unas pocas semanas. No puede disimular su nerviosismo: “Yo me voy a las siete de la noche”, dice. “Si la Alcaldía no puede sacarnos de allí, ¿cómo lo hacemos nosotros? No podemos arriesgarnos, ponernos en peligro”, añade. Hoy la junta de vecinos tiene una reunión. Hace más de un año se organizó la última. El presidente todavía en el cargo pasa con un megáfono por las calles de la comunidad, invitando a los residentes. Algunas personas –la mayoría de ellas son ancianos– se acercan al centro de la asociación donde tendrá lugar la reunión. Ayudamos a algunos de ellos a subir los escalones empinados que conducen al salón del primer piso. Poco después, llega la coordinadora de la Alcaldía auxiliar de la zona, acompañada por un asistente y por lo menos seis policías y dos soldados del ejército. La escolta armada se

alinea a lo largo del callejón que baja hacia el barranco.

La asamblea fue convocada para elegir nuevos representantes de la junta. Por eso la coordinadora tuvo que llegar hasta aquí esta noche. Ella parece tener prisa:

“Si trabajamos juntos, podemos terminar esta asamblea en quince minutos”, dice.

Sin embargo, ninguno de los presentes quiere comprometerse. Ellos dicen que tienen miedo, que la violencia del barrio no se puede parar.

La coordinadora promete la implementación de un plan para iluminar el barrio (ino sólo de armas se alimenta el mercado de la seguridad!) y presenta un programa de cooperación internacional para la prevención de calamidades.

Al final, se decide solamente convocar una nueva reunión, pero no se establece una fecha. Son casi las 20:30 y afuera ya está oscuro. M. y yo conseguimos un aventón con una de las patrullas de la policía. Me siento en los asientos traseros de un pick up amarillo y negro. A mi lado un agente abraza una ametralladora.⁴⁵

En este artículo he analizado etnográficamente la evolución y la producción del mercado de la seguridad en un barrio de la Ciudad de Guatemala. Partiendo de la reconstrucción histórica de la formación del asentamiento, he subrayado cómo su proceso de formalización fue acompañado por un abandono estatal selectivo (lo que he definido, utilizando una categoría elaborada por Ben Penglase, como un “orden desordenado”), que permitió a otros actores armados luchar entre sí para la gestión del monopolio de la violencia.

Entre estos actores armados, he enfocado mi atención en el papel de dos clicas rivales en su relación con el barrio y sus residentes. Las dos clicas en los últimos años habían desplegado una guerra entre sí para el control de aquella porción de territorio urbano.

En este proceso, algunos habitantes del asentamiento adoptaron una conducta proac-

44 Ben Penglase, op. cit. p. 50.

45 Nota de campo, marzo de 2011.

tiva, participando en el mercado de la seguridad a través de la organización de rondas nocturnas. Frente a la violencia causada principalmente por el conflicto entre mareros, los residentes del barrio no aceptaron pasivamente la situación, sino que reaccionaron. Respondieron a la falta de seguridad, utilizando sus recursos. Adoptaron una estrategia simétrica localmente situada, poniéndose en el centro de un campo de fuerzas contrapuestas. Sin embargo, las rondas tuvieron el efecto paradójico de aumentar los niveles de violencia en la colonia. De hecho, estas armaron y entrenaron grupos de jóvenes, favoreciendo unos enfrentamientos con las maras locales.

Los conflictos entre los grupos de jóvenes asumieron una escalada de violencia que los residentes del barrio ya no pudieron controlar. El Comité de El Barrio, en los primeros años de la década de 2000, canceló las rondas. Sin embargo, la lucha entre las maras acababa de empezar.

Durante mi trabajo de campo las dinámicas parecían seguir la misma dirección, como explican mis apuntes de marzo de 2011: una administración local desinteresada, una junta de vecinos debilitada, la enésima tentativa de una comunidad de encontrar respuesta a la violencia, clicas rivales que se enfrentan para controlar una porción de ciudad.

Bibliografía

- Agamben, G., *Homo sacer. Il potere sovrano e la nuda vita*, Torino: Einaudi 1995.
- Barnes, J., *Social Networks*, Addison-Wesley, Reading 1972.
- CEH (Comisión para el esclarecimiento histórico), *Guatemala. Memoria del silencio*, F&G editores, Guatemala 1999.
- Desmond Arias E. y D.M. Goldstein (curado por), *Violent Democracies in Latin America*, Durham: Duke University Press 2010.
- Elwert, G., *Market of Violence*, en Georg Elwert, Stephan Feuchtwang e Dieter Neuberts (curado por), *Dynamics of Violence: Processes of Escalation and De-escalation in Violent Group Conflicts*, Berlin: Duncker and Humblot, 1999.
- ERIC, IDESO, IDIES, IUDOP, *Maras y pandillas en Centroamérica*, Vol. I, UCA, Managua : UCA Publicaciones, 2001.
- GAM (Grupo Apoyo Mutuo), *Resumen ejecutivo del informe sobre situación de derechos humanos en Guatemala y hechos de violencia al mes de diciembre de 2010*, Guatemala: GAM, 2011.
- Gagne, G., “InSight Crime-s 2015 Latin America Homicide Round-up”, *InSight Crime*, 14 de enero de 2016.
- Gálvez Borrell, V. “Plan Gavilán y Plan Pavo Real. ¿Punta del iceberg de la limpieza social en Guatemala?”, en *La Revista*, Guatemala, 27/08/2010.
- Grassi, P., *Il limbo urbano. Conflitti territoriali, violenza e gang a Città del Guatemala*, Verona: Ombre Corte 2015.
- Huff, R.C., “Youth Gangs and Public Policy”, en *Crime and delinquency*, XXXV, pp. 524-537.
- Koonings K. y D. Kruijt (eds.), *Societies of Fear: The Legacy of Civil War, Violence and Terror in Latin America*, London: Zed Books, 1999.
- Lara, J.F. , “Las zonas a donde pocos quieren ir”, *Prensa Libre*, Guatemala 6 de marzo de 2011.
- Leeds, E., “Cocaine and Parallel Politics”, *Latin American Research Review*, Vol. 31, 3, 1996, pp. 47-83.

- Levenson, D., *Por sí mismo. Un estudio preliminar de las "maras" en la ciudad de Guatemala*, Guatemala: AVANCSO, 1988.
- Marcus, G.E., "Ethnography in/of the World System: The Emergence of Multi-Sited Ethnography", *Annual Review of Anthropology*, Vol. 24, 1995, pp. 95-117.
- Martínez, C. y J.L. Sanz, "La nueva verdad sobre la Tregua entre pandillas", *El Faro*, Martes, 11 de septiembre de 2012.
- Martínez, O., *Una historia de violencia. Vivir y morir en Centroamérica*, Penguin Random House, México 2016.
- Mitchell, C.J., "Social Networks", en *Annual Review of Anthropology*, III, 1974, pp. 279-299.
- Muñoz, J.L., *Breve historia contemporánea de Guatemala*, México: Fondo de Cultura Económica, 1998.
- Olcese, O., Moreno, R. e Ibarra, F., *The Guatemala Earthquake Disaster of 1976: a Review of its Effects and of the Contribution of the United Nations Family*, UNDP, Guatemala, 1977.
- Penglase, B., "States of Insecurity: Everyday Emergencies, Public Secrets, and Drug Trafficker Power in a Brazilian Favela", *PoLAR: Political and Legal Anthropology Review*, Vol. 32, 1, 2009, pp. 47-63.
- Rodgers, D., "Living in the Shadow of Death: Gangs, Violence and Social Order in Urban Nicaragua, 1996-2002", *Journal of Latin American Studies*, Vol. 38, 2006, pp. 267-292.
- Rodgers, D., "Slum Wars of the 21st Century: Gangs, Mano Dura, and the New Urban Geography of Conflict in Central America", en *Development and Change*, XL, 5, 2009, pp. 949-976.
- Scheper-Hughes, N. y P. Bourgois, (curado por), *Violence in War and Peace: an Anthology*, Oxford: Blackwell, 2004.
- Sonnevelt, M., "Security at Stake: Dealing with Violence and Public (In)security in a Popular Neighbourhood in Guadalajara, Mexico", en Dennis Rodgers e Jones A. Gareth (edited by), *Youth Violence in Latin America: Gangs and Juvenile Justice in Perspective*, Palgrave Macmillan, New York, 2009, pp. 45-63.
- Thrasher, F., *The Gang: a Study of 1,313 Gangs in Chicago*, Chicago: University of Chicago Press, 1927.
- United Nations Office on Drugs and Crime, *Transnational Organized Crime in Central America and the Caribbean. A Threat Assessment*, UNODC, 2012.
- Venkatesh, S., *Gang Leader for a Day: a Rogue Sociologist Takes to the Streets*, New York, Penguin Press, 2008.
- Wacquant, L., "Suitable Enemies: Foreigners and Immigrants in the Prisons of Europe", en *Punishment & Society*, Vol. 1, 1999, pp. 215-222.